

EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

Entenderemos «transición del feudalismo al capitalismo» en un sentido amplio, más o menos como sinónimo de transición de la civilización agraria a la industrial. Vamos a comenzar presentando un esquema de diversos modelos de cambio que tuvieron lugar en la agricultura de Occidente, centrándonos a continuación en el caso de Europa Oriental (y de Polonia, en particular) durante los siglos XVIII al XX, como ejemplo válido de una (o más) de las posibilidades de tales procesos evolutivos (1).

La tesis principal que proponemos aquí es que el campesinado, que ha sido numéricamente dominante en todas las civilizaciones agrarias desde la revolución neolítica y un productor de primera importancia, quedó progresivamente desplazado con el advenimiento de la modernización (de la que el capitalismo no sólo es una variante, sino la más importante hasta nuestros días). Durante el proceso de transición la mayoría de los campesinos desempeñaron un papel pasivo, proporcionando alimentos, materias primas y mano de obra. Sólo algunos de ellos, que se encontraban en condiciones favorables, pudieron modernizarse y convertirse en granjeros. Al mismo tiempo, los campesinos en general iban resultando cada vez menos importantes como abastecedores de productos agrarios, suministrados ahora por los granjeros. En los países desarrollados el campesinado excedente halló una nueva ubicación, fuera de la agricultura, en los sectores económicos industrial y de servicios. En países más atrasados — tanto de la Europa Oriental del siglo XIX como del actual Tercer Mundo — no sólo se proletarizó, sino que también quedó marginado, sin lugar adonde ir.

Campesinos, granjeros y civilizaciones

Se hace necesario, de cara a la discusión que sigue, definir brevemente los conceptos analíticos que empleamos aquí. Por economía campesina (en un sentido microeconómico) entendemos una organización de la producción según la agricultura de colonos, en la que la familia o, mejor dicho, el grupo familiar constituye la unidad básica. La producción se destina principalmente — pero no en exclusiva — al uso de los miembros de aquélla. El objetivo principal de la actividad económica es la supervivencia de la familia y su reproducción física y social. Los productores de este tipo se comportan racional-

mente (en la medida de sus conocimientos, claro está), pero no maximizan el beneficio o la producción, sino que, por el contrario, minimizan el riesgo (o llevan al máximo la seguridad). La agricultura es la forma más importante de obtener medios para la supervivencia, aunque no necesariamente la única. Cuando no hay suficiente tierra, otras formas de actividad ayudan también a sobrevivir (pequeña artesanía, comercio, trabajos no agrícolas, etc.). Esta es la razón por la que decimos que el objetivo principal de la economía familiar es la «supervivencia*» y no la «subsistencia». En contraste con la actividad empresarial capitalista, el volumen de actividad económica de la familia campesina viene determinado no básicamente por las fuerzas del mercado, sino, en su mayor parte, por factores como la disponibilidad de tierras, el tamaño y estructura de la propia familia, las cosechas o la carga de obligaciones para con el mundo exterior. La familia campesina tiende a utilizar fundamentalmente factores de producción (tierra, trabajo, semillas, forraje, etc.) que son: (a) no industriales, o «naturales» b) aportados, en la medida de lo posible, por la granja y por la familia misma, es decir, no provienen del mercado. Culturalmente, es la familia como grupo, y no cada persona como tal, lo que constituye un valor capital. El individuo no cuenta fuera de la familia. El objetivo único de todas las actividades es la reproducción de la familia, y no el éxito del individuo (2).

Por lo general, las familias de este tipo forman parte de una comunidad campesina más amplia: la aldea (3). La comunidad campesina cumple varias funciones sociales y económicas de importancia. Estructura un primitivo sistema de «asistencia social» a pobres e incapacitados, constituye un seguro para las víctimas de desastres naturales, organiza la administración y la justicia, integra socialmente a niños y jóvenes y, por último, pero no menos importante, forma el reservorio del que se seleccionan maridos y esposas para reproducir la vida de la comunidad. No hace falta decir que la comunidad campesina no es una organización idílica, pues tiene sus propias divisiones y contradicciones internas, sus propias formas de injusticia y explotación, sus desterrados y sus marginados. Pero es, en sí misma, casi un mundo que podría funcionar sin otro mundo exterior, al menos económicamente.

2 THOMAS, H. I. y ZANIECKI, F. *Chłop polski w Europie i Ameryce* [«El campesino polaco en Europa y América»]. Ludowa Spółdzielnia Wydawnicza, Varsovia, 1976. vol. I, p. 102.

3 Cfr. BERTRAND, A. L. y WIERZBICKI, Z. T. *Socjologia wsi w Stanach Zjednoczonych. Stan i tendencje rozwojowe* [«Sociología rural en los Estados Unidos. Estado de la investigación y tendencias de desarrollo»]. Wrocław-Varsovia-Cracovia, Ossolineum, 1970, pp. 1381-52. ZAMORSKI, K., «Zojęcie tradycyjnej społeczności wiejskiej w polskiej literaturze socjologicznej i etnograficznej» [«El concepto de comunidad rural tradicional en la literatura sociológica y etnográfica polaca»]. *Roczniki Pielgrzymów Społecznych i Gospodarczy*, vol. XLVI (1985).

1 La falta de espacio no nos permite referencias completas a la literatura antropológica, económica e histórica, que se presenta resumida. El autor citará a todos aquéllos de quien es tributario en su libro *Spór o teorię gospodarki chłopskiej* [«Una controversia sobre la teoría de la economía campesina»], aún en preparación, limitándose aquí a referencias de la historiografía polaca, menos conocida por los lectores occidentales.

EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

Las comunidades campesinas son casi siempre parte de un orden mayor que llamaremos, refiriéndonos a la época pre-industrial, civilización agraria. Dicha civilización se caracteriza por la presencia de ciudades y de centros de poder político de una especie más general y compleja que la de las sociedades tribales. Las ciudades se mantienen gracias al campo; existe por tanto una división social del trabajo y las aldeas han de ser capaces de producir excedentes, más allá de lo que necesitan para su reproducción. Estos excedentes se les extraen a menudo por la fuerza, o a través de un sistema político que coloca a los campesinos como siervos de sus señores, o del estado, y que les exige algún tipo de tributo o de renta. En esta relación entre el campo y la ciudad el campesino da más de lo que recibe y su posición es la más baja del orden social.

El campesino depende de otros no sólo desde los puntos de vista económico y político. Su cultura es una «subcultura», parte de algo mayor y más amplio. No sabe leer ni escribir y su «pequeña tradición*» pasa a las generaciones siguientes por transmisión oral (4). Pero esta cultura local depende de una «gran» tradición escrita, producto de las ciudades y de los templos. Esa gran tradición es en sí misma dimensión esencial de una civilización, sea ésta la occidental cristiana, o la bizantina, islámica, china, india o cualquier otra.

Si, después de esbozar el lugar del campesinado en la civilización agraria, pasamos a la civilización industrial, nos encontraremos ante una agricultura sin campesinos; cual es, en los países más desarrollados —como Estados Unidos, los Países Bajos o Dinamarca—, la agricultura de los granjeros. Entendemos por granjeros aquellos productores agrícolas que se dedican a la agricultura no para proveerse de medios de subsistencia y supervivencia, sino para obtener beneficios. Se especializan en uno o varios productos; utilizan generalmente factores de producción que provienen del exterior de sus haciendas y que se compran en el mercado con un dinero que dichos granjeros han de obtener para cubrir los costes de producción; su objetivo es comprar barato y vender caro. Buena parte de los elementos que utilizan no vienen de la «Naturaleza*», sino de la industria: fertilizantes, pesticidas, gasóleo, maquinaria, herramientas, etc. Estas granjas dependen de las modernas fórmulas de crédito. Para poder competir deben ser capaces de innovar. Los granjeros han de actuar como administradores de todo ello, por lo que, a diferencia de los campesinos, no sólo tienen que leer y escribir, sino que deben po-

seer gran cantidad de conocimientos profesionales específicos. Tales conocimientos no se obtienen de la tradición local, sino del moderno sistema educativo, que constituye una parte más de la sociedad industrial.

¿De dónde provienen estos granjeros? ¿Cómo llegaron algunos campesinos a convertirse en granjeros? ¿Qué sucedió con el resto de aquéllos? Estos son los interrogantes que deben ser contestados si queremos comprender el lugar del campesinado en la transición del feudalismo al capitalismo, o de la civilización agraria a la modernidad.

Los granjeros en la época pre-industrial

Parte de lo hasta aquí expuesto sucedió en la época pre-industrial. Es posible demostrar que en la Europa pre-industrial (quizá incluso a finales de la Edad Media) se dieron numerosos casos de lo que podemos llamar uproto-granjeros*, es decir, productores que, aunque tecnológica y culturalmente no encajan en nuestra definición de los granjeros de la época industrial, se comportan económicamente como ellos; es decir, maximizan el beneficio, asumen ciertos riesgos y tienden a ser tan comerciales como les sea posible. En la Inglaterra del siglo XVI eran, por supuesto, pequeños terratenientes que cultivaba sus propias tierras. Lombardía podría ser otro ejemplo, quizá también la región de París y, sin duda alguna, los Países Bajos de los siglos XVI al XVIII. Y aún podríamos señalar otros lugares similares.

En cada uno de estos casos se da una complicada interrelación de fuerzas políticas y económicas. En los Países Bajos, la relativa fuerza política de los habitantes de las ciudades parece diluir cualquier vestigio de servidumbre o feudalismo que existiese en los siglos XVI y XVII. No obstante, y antes que nada, las fuerzas del mercado jugaban su papel. El país, situado en el cruce de las rutas comerciales y centro del imperio colonial, era rico, mientras que la tierra era pobre. Debido a la demanda creciente de productos agrícolas de gran calidad, compensaba invertir en la puesta en producción de tierras y vender o arrendar más tarde esas tierras a productores con iniciativa que supiesen destinarlas al uso más lucrativo. Algunos holandeses se enriquecieron y otros muchos emigraron. Bastantes de ellos lo hicieron a Polonia, donde encontramos los llamados asentamientos Oleder (adaptación al polaco de «Hollender», es decir, holandés) (5). Estos se mantuvieron, por lo general, al margen del sistema de siervos que por entonces

4 Para Kazimierz Dobrowolski el hecho de que la tradición se transmita oralmente (incluso por imitación, añadiríamos nosotros) constituye el rasgo más importante y específico de la «cultura tradicional campesina». Véase: «Peasant Traditional Culture», en: SHANIN, T. (ed.) *Peasants and Peasant Societies*, Penguin Books, Harmondsworth, 1971. pp. 277-298

5 RUSINSKI, W., *Osady trw. «oledrów» w dawnym woj. poznańskim* [«Las colonias de los llamados 'oleders' en la antigua provincia de Poznan»], Poznan-Cracovia, 1939-1947

caracterizaba la agricultura polaca, y gracias a sus conocimientos y capacidad se dedicaron a la limpieza y puesta en producción de tierras, pagando sus rentas con dinero, y no con trabajo, como era la costumbre en Polonia.

En Zulawy, una depresión situada en el delta del Vístula, entre Gdansk y Malbork, encontramos otro caso de «proto-granjeros». (6). Estos productores, aún campesinos en el sentido cultural del término, producían para los mercados de la Prusia Real, como Thorn, Elbing y sobre todo Gdansk, las principales ciudades de la mancomunidad de Polonia y Lituania.

Nos enfrentamos aquí a un problema de interpretación. ¿Bajo qué condiciones cabe esperar que, en la época pre-industrial —y especialmente en la organización social «feudal»—, determinados campesinos se transformen en granjeros? Una respuesta elaborada requeriría conocimientos, muy superiores a los que posee este investigador, en el campo de la historia de los comienzos de la economía moderna en Europa occidental; de manera que sólo a modo de tanteo podemos intentar señalar tales condiciones. La primera y más importante es el buen nivel de desarrollo del mercado urbano de alimentos y otros productos agrícolas. Esta es la razón de que, en la época pre-industrial, tal evolución sólo pueda esperarse a una escala limitada, y en las proximidades de los grandes centros urbanos. En segundo lugar, deben satisfacerse ciertas condiciones tecnológicas, entre ellas la posibilidad de transporte y almacenamiento fáciles. Tercero, es obvio que estos proto-granjeros debían ser más o menos libres para emplear su tiempo y su capital del modo que considerasen apropiado. Sin embargo, tanto el caso de los campesinos rusos del siglo diecinueve como el de los esclavos americanos del mismo período nos demuestran que no existe contradicción entre la ausencia de libertad personal y la posibilidad de desarrollar una actividad comercial. Globalmente, sin embargo, parece ser que el mercado desempeñó el papel más importante, creando, para los individuos más innovadores y de mayor iniciativa, los estímulos para la modernización. Por curioso que parezca, esta interpretación está de acuerdo tanto con la perspectiva analítica neoclásica como con la marxista (o más bien la de Lenin). Ambas subrayan la tendencia «natural» de la economía campesina a reaccionar ante los estímulos del mercado, y ambas consideran obvio que al menos algunos campesinos quisieran convertirse en «kulaks». Sin embargo, dado que en la época pre-industrial el ámbito de influencia de los centros urbanos era limitado y que el número de grandes ciudades también lo era, esta vía de de-

sarrollo no estaba abierta a todos. Por el contrario, condujo tan sólo a la creación de islas de modernidad dentro del extenso mar del campesinado tradicional orientado hacia la subsistencia.

La «proto-industrialización» fue otro modo de transformación de la agricultura campesina tradicional que podemos detectar en muchos lugares de la Europa pre-industrial. Parece que se desarrolló en aquellas regiones donde la relativa escasez de tierras (o la superpoblación agraria) estuvo acompañada de una demanda creciente de artículos no agrícolas. La escasez de tierras hizo que, en tales circunstancias, los campesinos sin ellas dedicasen una parte cada vez mayor de su tiempo a la producción de ropa, muebles, herramientas o incluso relojes (caso de Suiza), para poder venderlos en el mercado. Inicialmente las familias sólo utilizaban para ello su tiempo libre, marginal. Más adelante, algunas de ellas hicieron de estas ocupaciones no agrícolas, cada vez en mayor medida, su principal fuente de ingresos, quedando las actividades agrícolas (o de pastoreo) como un suplemento. Algunos de estos ex-campesinos o proto-industriales se transformaron en empresarios capitalistas, aportando —en el contexto de un sistema que se extinguía— sólo capital y capacidad de gestión. Muchos otros derivaron lentamente al «status» de proletarios.

Las actividades proto-industriales del campesinado estaban ampliamente extendidas, no sólo en Occidente sino también en Europa oriental. El ejemplo ruso ha sido descrito por muchos investigadores. No podemos responder aquí a la pregunta de si todos los casos de industrialización que alcanzaron el éxito estuvieron precedidos por esta fase «proto», pero no es difícil señalar aquellos casos de proto-industrialización que no lograron ningún resultado. El sur de Polonia en la segunda mitad del siglo XVIII es un ejemplo adecuado (7). En unas regiones submontañas y relativamente superpobladas los campesinos desarrollaron una producción no agrícola, inicialmente de textiles. Con el advenimiento de la producción masiva y más barata de bienes industriales estas formas de actividad económica desaparecieron, convirtiendo a esas familias campesinas proto-industriales en población excedente.

En Inglaterra, a partir del siglo XVII, encontramos otro modelo distinto de modernización que llevó a la desaparición del campesinado. La estructura social del campo pasó lentamente del esquema «terrateniente/campesino/arrendatario» al modelo «terrateniente/granjero capitalista arrendatario/jornalero

6 MACZAK, A., *Gospodarstwo chlopskie na Zulawach Malborskich w pocztkach XVII w.* [«La economía campesina a comienzos del siglo XVII en la región de Zulawy-Malbork»], PWN, Varsovia, 1962, esp. pp. 286-306.

7 KULCZYKOWSKI, M., «En Pologne au XVIIIe siècle. Industrie paysanne et formation du marché national». *Annales E.S.C.*, n.º 1, 1969; y del mismo autor: «Les activités industrielles des paysans dans les régions submontagneuses», en: BOBINSKA, C. y GOY, J. (eds), *Les Pyrénées et les Carpates XVIe-XXe siècles*, PWN, Varsovia-Cracovia, 1981.

EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

100

sin tierra». Estos cambios en la estructura social corrieron paralelos a la revolución tecnológica y organizativa. El campo abierto y la rotación trienal de los campos había dado paso a los campos cercados y a la moderna rotación de cultivos. Las funciones administrativas quedaron repartidas entre dos actores: el granjero capitalista arrendatario y el propietario de la tierra (que también adelantaba parte del capital, y no sólo proporcionaba la tierra). El granjero arrendatario, administrador de una gran hacienda, se ocupaba del trabajo asalariado que se hacía diariamente y de la toma de las decisiones con repercusiones inmediatas. Era el dueño de la tierra el verdadero innovador, el que aportaba las ideas y el capital y decidía qué tipo de rotación de cultivos utilizar, experimentando en su propia granja, y quien tomaba decisiones sobre los cambios a realizar en la estrategia económica. La antigua figura del campesino, o más bien del pequeño arrendatario o propietario, se desvaneció en el curso de estos procesos evolutivos. Pasó a ser un proletario que cavaba canales de irrigación, levantaba cercados y trabajaba en los campos, que se convirtió en vagabundo y que acabó concentrándose en las ciudades, donde se vio forzado a convertirse en un elemento más de la fuerza de trabajo urbana.

Modelos de transición en Occidente
en los primeros estadios de la industrialización

Así pues, el mundo cambió por completo con la Revolución Industrial —o, mejor dicho,— Revoluciones: la primera, en el paso del siglo XVIII al XIX y la segunda (la revolución del acero, de la industria química, la electricidad, el transporte, etc.), en la segunda mitad del siglo XIX. Pero el suministro de alimentos para las crecientes masas de trabajadores urbanos provenía, especialmente durante la segunda transición (después de 1880) y en una medida cada vez mayor, no de los campesinos, sino de los granjeros (8). Los Estados Unidos y las colonias blancas empezaron a enviar trigo, carne y materias primas agrícolas para la industria. Bien es verdad que ello vino acompañado por el incremento de suministros procedentes de los países tradicionalmente campesinos de Europa Oriental —Rusia y Ucrania, Rumanía y Hungría—, pero las causas y efectos de tal circunstancia son específicas y se explican básicamente ya por la actividad de las inmensas haciendas rústicas semif feudales, ya por la forzada mercantilización de las fa-

milias campesinas.

Los Estados Unidos —por detenernos brevemente en tan sólo un ejemplo, bien que destacado, de esta nueva y moderna agricultura sin campesinos— no fueron nunca un país campesino. Nunca existió en ellos esa relación específica, cultural y emotiva, entre la tierra y las gentes, tan característica en Europa. Desde sus mismos orígenes, e incluso en la época colonial, la agricultura se contempló en gran medida como negocio. Las razones de este modelo específicamente americano son dos: la relativa abundancia de tierras y la ausencia de tradición feudal. No había necesidad imperiosa del factor productivo en cuestión, ni divisiones entre herederos, ni ataduras al solar de los antepasados. El rápido desarrollo de la economía americana, sobre todo en la segunda mitad del siglo diecinueve, ofreció, con sus elevados salarios, grandes oportunidades a cualquiera que quisiese trabajar, ya fuera en la industria o en la agricultura. Las tierras de cultivo podían obtenerse casi sin costo alguno. Debido a la ausencia de tradición feudal, el granjero era un ciudadano como los demás en un país libre y su carácter quedó determinado, en gran medida, por las duras condiciones «de frontera», que le exigían a un tiempo capacidad para el desenvolvimiento individual y habilidad para la cooperación con otros.

El mercado ayudó a los granjeros y, a la vez, los forzó a conducirse con mayor eficiencia. Desde la primera mitad del siglo XIX fueron dedicándose, en número progresivamente mayor, a una producción comercial especializada. En la segunda mitad del siglo, la demanda combinada de las ciudades americanas, en plena expansión, y de Europa, estimuló el crecimiento del comercio agrario y de la producción agrícola (9). Al mismo tiempo, la competencia entre granjeros les obligó a utilizar métodos de producción cada vez más eficaces, dejando en la estacada a los que no fueran capaces de adaptarse.

En tanto que los Estados Unidos y las colonias blancas eran países sin campesinado, las naciones desarrolladas de la Europa Occidental continental presenciaban el lento y gradual proceso de transformación de los campesinos en granjeros. A este proceso se le llama a veces, con mucho acierto, «descampesinación» (10). Dicha transformación ocupó casi cien años, aproximadamente, si partimos de la crisis agraria de la década de 1880 y finalizamos con el plan Mansholt. Los cambios no fueron sólo económicos. Corrieron paralelos a —y se vieron

8 Para mayor información sobre la importación por Europa de productos agrícolas de los Estados Unidos y las colonias blancas, véase LUKASIEWICZ, J., *Kryzys agrarny na ziemiach polskich w koncu XIX wieku* [La crisis agraria en los territorios polacos a finales del siglo XIX], PWN, Varsovia, 1965, pp. 23, 26 y 27.

9 Un análisis aún hoy fascinante fue el dado a principios de siglo por un marxista polaco, Ludwik Krzywicki, en su «Kwestia rolna» [=Una cuestión agraria], en: KRZYWICKI, L., *Dziela*, PWN, Varsovia, 1967, vol. 8.

10 SHANIN, T., «Die Bauern kommen: Migranten die arbeiten, Bauern, die reisen, und Marxisten, dir Schreiben», en: BLASCHKE y GREUSSIN (eds.), *Dritte Welt. Sundikat*, Frankfurt, 1980, pp. 72-85.

condicionados por— la incorporación del campesinado a la cultura nacional, a través de instituciones como la escuela, el ejército, los movimientos políticos, etc. Todos estos cambios quedan resumidos de forma extraordinaria en el título del libro de Eugene Weber sobre la sociedad rural francesa de 1870-1914, *Peasants into Frenchmen* [«De campesinos a franceses.»] (11). Los modelos específicos de este desarrollo son muy diversos, pero el resultado global fue similar: grandes granjas especializadas que producían utilizando tecnología moderna, una población excedente absorbida por la industria y los servicios, y pequeñas bolsas de agricultura tradicional con aquéllos que no fueron capaces de adaptarse (12). Podemos añadir que, tras la Primera Guerra Mundial, hasta Inglaterra derivó ligeramente hacia este modelo, con la venta a los granjeros de toda o parte de la tierra de muchas grandes propiedades rurales. La singularidad de este modelo europeo occidental consistió en la combinación de una fuerte demanda de productos agrícolas de gran calidad, ocasionada por el nivel relativamente alto de ingresos de la población, con las grandes posibilidades de dotar a la agricultura de capital y tecnología, y con las amplias oportunidades de absorber la población rural excedente en otros sectores de la economía.

Europa Oriental antes de la industrialización

A partir del siglo XVI, Europa Occidental fue la región de la segunda servidumbre. Su agricultura estaba organizada, en gran parte, según el sistema señorial, en el que los nobles administraban directamente sus señoríos (hasta el cincuenta por ciento de las tierras pertenecientes a una determinada propiedad, siendo el resto de uso directo por los campesinos, para su subsistencia) y empleaban siervos como fuerza de trabajo. Tales señoríos se orientaban en gran medida (aunque no exclusivamente) a la exportación, proporcionando a Europa Occidental trigo a bajo precio, pues se utilizaba para producirlo una fuerza de trabajo a la que no se pagaba (13).

La economía campesina, pese a encontrarse inscrita en el sistema señorial, mantenía de facto una cierta, y puede que considerable, autonomía, aunque su libertad de acción que-

daba muy lejos de la de los campesinos occidentales de la misma época (14). La proporción de población urbana era menor que en Occidente, las ciudades eran más pequeñas (en Polonia pertenecían a menudo a los grandes magnates) y económicamente menos importantes, y los derechos de sus habitantes estaban restringidos, quedando sin posibilidad de formar un poder político independiente.

La cuestión clave es si este sistema generó por sí mismo algún estímulo para la modernización (en otras palabras, si incorporaba algún mecanismo de «transición del feudalismo al capitalismo»). La postura de este autor, hablando sin rodeos, es la de que no fue así y que la modernización se produjo más tarde, en el siglo XIX, principalmente como efecto de fuerzas «desde el exterior».

Sin embargo, aunque no compartimos la sencilla hipótesis de la «flor en la maceta», sobre la transición del feudalismo al capitalismo (15), tampoco pensamos que sea posible explicar esta transición (o modernización) en Europa Oriental en términos de la teoría, hoy tan en boga, del centro-semiperiferias-periferias, según la cual (a) la Europa Oriental es «capitalista desde el siglo XVI, en el sentido de que su economía es explicable en términos de una «economía mundial europea», y (b) la evolución subsiguiente es función del movimiento de esta economía.

No tenemos una interpretación clara y completamente desarrollada de esa evolución subsiguiente que pueda presentarse como alternativa tanto a la teoría transicional de la «flor en la maceta» como al concepto de economía mundial europea. Sin embargo, se hace necesario algún tipo de interpretación sobre el particular si pretendemos explicar el lugar y el papel del campesinado en la citada transición. Podemos intentar formular el esbozo de una posible explicación —tomando como ejemplo los territorios polacos— mirando hacia atrás, a partir de finales del siglo XIX (o desde la perspectiva de 1914), y tratando de encontrar la posible explicación a los procesos evolutivos que han tenido lugar durante este siglo, especialmente en su segunda mitad.

Modelos de transición a la modernidad en Europa Oriental

No hay duda de que, a comienzos del siglo XX, los territo-

11 WEBER, E., *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914*, Stanford University Press, Stanford, 1976.

12 En fecha reciente, Wilkin ha destacado correctamente el hecho de que en ninguna parte del mundo se resolvió totalmente el problema agrario: WILKIN, J., *Współczesna kwestia agrarna* [«El problema agrario contemporáneo»], PWN, Varsovia, 1986, p. 12.

13 La literatura monográfica sobre este tema es muy amplia. Para una perspectiva aclaratoria y sintética véase: KULA, W., *An Economic Theory of the Feudal System. Towards a model of the Polish Economy 1500-1800*, NLB, Londres, 1976, y TOPOLSKI, J., «La rééodalisation dans l'économie des grands domaines en Europe Centrale et Orientale, XVIIe-XVIIIe siècles», *Studia Historiae Oeconomicae*, 6, 1971-1972.

14 Cfr. KOCHANOWICZ, J., «L'exploitation paysanne en Pologne à la charnière des XVIIIe et XIXe siècles. Théorie, histoire, historiographie», *Acta Poloniae Historica* (en preparación).

15 Tomamos esta expresión de Sidney Pollard, «The Industrialization of Europe», en: KOC-M, J. y RANKY, G., *Economic Theory and History*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1985, p. 49, donde la utiliza para caracterizar determinado enfoque de la industrialización, comparándola con el crecimiento de una flor. Cada flor se desarrolla a partir de una semilla en su propia maceta, siempre que se cumplan ciertas condiciones (temperatura, tierra, humedad, etc.), con independencia de la evolución de otras flores en otros tiestos.

EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

rios polacos (repartidos por esa época entre Rusia, Prusia y Austria) se hallaban muy atrasados respecto a Europa Occidental, sea cual sea el parámetro de comparación que eligamos (nivel de ingresos, estructura ocupacional, producción industrial o agrícola, alfabetización, etc.). Es posible, al mismo tiempo, apuntar algunos «episodios afortunados» de su desarrollo (16). Escogeremos tres de ellos. En primer lugar, la industria de la alta Silesia, una de las regiones más desarrolladas no sólo del Reich alemán, sino de Europa en general. En segundo término, la industria del Reino de Polonia (parte central de los territorios polacos, perteneciente a Rusia), que fue, hasta la repentina explosión de la industrialización rusa en la década de 1890, la región industrial más desarrollada del Imperio Ruso. El tercer ejemplo es la agricultura de la Gran Polonia (vasta región en la parte occidental de los territorios polacos, con la ciudad de Poznan como centro y perteneciente por entonces a Prusia), que tuvo, en muchos aspectos, un nivel de desarrollo similar al de Europa Occidental (17).

No podemos explicar estos ejemplos ni en términos de desarrollo autónomo de Europa Oriental ni en los de economía mundial. Sería mucho más sencillo hacerlo en términos de «imperios modernos», combinando esto con la explicación liberal tradicional basada en la respuesta a las fuerzas del mercado. En los dos casos de industrialización arriba citados nos hallamos por lo general ante empresarios privados que buscan beneficios. En el caso de la Gran Polonia encontramos tanto campesinos como propietarios de tierras que se transforman gradualmente en granjeros, según el modelo occidental esbozado con anterioridad. Pero en todos estos casos las condiciones propicias fueron creadas en su mayor parte por el Estado, mediante: (a) una favorable política de aranceles, como protección contra la afluencia de productos occidentales en particular, y b) la creación por el Estado de una demanda de bienes industriales, especialmente de los relacionados con armamento. La industria textil de la región de Lodz, en el Reino de Polonia, llegó incluso a producir tela para las camisas de los soldados rusos. Los granjeros de la Gran Polonia alimentaron a los trabajadores industriales de Silesia, de la región de Berlín e incluso del Ruhr, en tanto que aquéllos de sus hijos que no podían heredar la tierra tenían fácil la posibilidad de emigrar

a las citadas regiones industriales de Alemania, ayudando así a evitar la superpoblación rural de la Gran Polonia.

Parece que esta línea de razonamiento, que considera factor determinante la política económica del Estado, explica en una medida aún mayor el desarrollo industrial de Rusia desde la década de 1880 y, quizá, también el de Japón. La razón de que los imperios modernos acometiesen más o menos conscientemente esta forma de «modernización conservadora», como la llama Barrington Moore, se explica muy bien, probablemente, por su rivalidad en la arena política europea o global, lo que les forzó al desarrollo de su poderío militar. No pretendemos, claro está, declarar que este modelo lo explica todo. Probablemente se ajusta mucho mejor al caso ruso que al alemán, en el que buena parte del proceso de modernización puede explicarse a la manera clásica. Aún en el caso ruso sería absurdo pretender que todo en ese desarrollo fue ocasionado exclusivamente por las políticas imperiales. Sólo queremos destacar que ésta es una dimensión importante del proceso de modernización en las regiones menos avanzadas de Europa.

El campesinado en el Este

¿Cuál es el lugar del campesinado en este proceso? No podemos olvidar la emancipación de los campesinos, es decir: (a) la abolición de la servidumbre, y b) la concesión a los campesinos de los derechos de propiedad de la tierra. Este proceso se inició en la era de Napoleón (abolición de la servidumbre en Prusia, en 1807) (18). En los territorios polacos la servidumbre fue abolida en 1864 (concesión de derechos de propiedad a los campesinos en el Reino de Polonia). En Rusia, aunque la servidumbre se había abolido en 1861, sólo gradualmente llegaron los campesinos a ser propietarios de tierras, y sólo la liquidación de la *obschina* por Stolypin, en 1906, puede considerarse como fin del orden feudal.

La interpretación de estas reformas no es sencilla. Los marxistas las describen como una abolición del feudalismo desde arriba*, para la cual Lenin acuñó la expresión «vía prusiana de desarrollo del capitalismo en la agricultura», considerando como importante condición previa para el desarrollo del capitalismo en el sentido más amplio. La dificultad de la interpretación marxista tradicional radica en la casi total ausencia de burguesía urbana como fuerza impulsora de cambios. Esta es la razón por la que, probablemente, los marxistas en

16 Como resumimos de un modo muy sintético el curso del desarrollo de la historia económica polaca durante el siglo XIX, no podemos ofrecer referencias detalladas a trabajos monográficos. Indicaremos tan sólo que la industrialización de los territorios polacos queda resumida en PIETRZAK-PAWŁOWSKA, J. (ed.), *Uprzemysłowanie ziem polskich w XIX i XX wieku* [La industrialización de los territorios polacos en los siglos XIX y XX], Ossolincum, Wrocław, 1970.

17 M. KASIEWICZ, J. «Drogi rozwoju rolnictwa na ziemiach polskich» [Modelos de desarrollo de la agricultura en los territorios polacos], en: KIENIEWICZ, S. (ed.), *Polska XIX wieku*, Wiedza Powszechna, Varsovia, 1977, esp. p. 52.

18 Para un tratamiento de Europa Oriental en general, véase: BLOOM, J., *The End of the Old Order in Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1978, pp. 216-240, 377-400. Sobre los territorios polacos, véase: KIENIEWICZ, S., *The Emancipation of the Polish Peasantry*, Chicago, 1969.

general. y Lenin en particular, hacen tanto hincapié en la importancia del proceso de estratificación capitalista de la estructura social rural, y en el crecimiento de la pequeña burguesía del campo («kulaks»).

Al intentar explicar estas reformas, es decir, al tratar de responder por qué decidieron los regímenes absolutistas tardíos de Europa Oriental (el ruso, el prusiano y el de los Habsburgo) liberar al campesinado y concederle tierras que pertenecían a la nobleza, es probable que tengamos que volver una vez más a la perspectiva «imperial» esbozada más arriba. Las burocracias imperiales absolutistas deseaban, antes que nada, preservar la posición de sus imperios en el ámbito internacional. Para lograr dicho fin era necesario el poder militar (19), y éste debía ser financiado por el campesinado (grupo social más amplio) a través de impuestos, y provisto de efectivos mediante el reclutamiento de campesinos. Por otro lado, al menos desde la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas (y quizá desde mucho antes), existía un peligro constante de movimientos campesinos de revuelta contra el orden establecido.

En todos los casos de reforma los propietarios conservaron siempre sus señoríos (los campesinos recibían solamente las parcelas que habían trabajado anteriormente) y eran compensados por la pérdida de los servicios de mano de obra. Para las élites gobernantes el objetivo de la reforma era mantener el orden social, permitiendo al mismo tiempo financiar la modernización y, en especial, los esfuerzos militares del Estado.

Las reformas hacían a los campesinos legalmente independientes de los propietarios y les otorgaban derechos sobre sus tierras. No resolvían, sin embargo, el problema del anhelo de tierra de la creciente población rural. La dualidad básica de agricultura campesina/agricultura señorial se mantuvo esencialmente sin cambios hasta la división espontánea de las grandes haciendas, realizada, en Rusia, por los campesinos en 1917-1920 (20), mientras que en algunos países, como las repúblicas bálticas, se tuvo que esperar hasta las reformas agrarias de la década de 1920, y en otros, como Polonia, hasta la reforma agraria comunista de 1944. Las explotaciones campesinas estaban ligadas a las de los señores por muchos e invisibles lazos de dependencia: deudas, pagadas frecuentemente con trabajo, labores para los pobres del campo en las condiciones establecidas por los grandes propietarios, etc. Esta de-

pendencia se veía reforzada por la dominación política y cultural de las clases hacendadas.

El crecimiento de la población campesina condujo a un nuevo fenómeno: la parcelación parcial de las grandes propiedades rústicas. La avidez de tierra elevó astronómicamente los precios de la misma, lo que hizo rentable la venta de parte de la hacienda. Los fondos así obtenidos podían invertirse en la parte restante. Para los campesinos, esto permitía ampliar el área de tierra bajo su dominio. Pero ello se conseguía al enorme costo de conseguir dinero por todas las vías posibles: vendiendo más de lo que la familia podía permitirse sin pasar hambre, endeudamientos constantes, emigración en busca de trabajo. Al mismo tiempo, el crecimiento de la población llevó a la división de tierras entre herederos y, como consecuencia, al empequeñecimiento de la granja campesina media y al incremento del número de los sin tierra, pobres rurales que no podían ser absorbidos por otros sectores de la economía.

El bajo nivel de desarrollo urbano (junto con las crisis agrarias, a partir de 1880) no proporcionaba unas buenas condiciones de mercado y constituía un obstáculo para el aumento de los ingresos campesinos. Además, el bajo nivel de cultura general y de conocimientos agrícolas, en condiciones de superpoblación, no permitía un progreso de dimensiones apreciables en la agricultura. Los ingresos de los campesinos eran escasos, una parte de ellos se destinaba al pago de impuestos y otra a compensaciones por las tierras obtenidas durante la reforma. Del remanente, los campesinos dedicaban la mayor parte a la adquisición de tierras cuando las grandes haciendas se parcelaban. Como resultado, los campesinos se vieron prácticamente excluidos de los mercados locales de bienes industriales. Ni participaron en ninguna modernización acaecida en el sector industrial, ni proporcionaron el menor estímulo para su posterior crecimiento.

A pesar de que Rusia compartía muchos rasgos con el resto de Europa Oriental, los efectos fueron diferentes. Los procesos evolutivos rusos condujeron a las grandes revueltas campesinas de 1905 y, en especial, de 1917, siendo esta última una de las «guerras campesinas del siglo XX», en palabras de Eric Wolf. El ejemplo ruso es, al parecer, el más claro exponente de los casos que no podemos explicar ni mediante la teoría transicional de la «flor en la maceta» ni con esquemas de economía mundial. La rápida industrialización de la década de 1890, inducida por el Estado y financiada en parte con ayuda extranjera, no fue tanto el efecto de un proceso de acumulación que había comenzado con anterioridad y de unas oportunidades de mercado que empezaban a manifestarse, como el resultado de las necesidades militares del Estado, reconoci-

19) Seguimos aquí las líneas argumentales desarrolladas por Alexander Gerschenkron, «Russia: Agrarian Policies and Industrialization, 1861-1914», en: GERSCHENKRON, A., *Continuity in History and other Essays*, The Belknap Press, Cambridge, Mass., 1968, p. 142.

20) WOJNA, R., *Wies rosyjska 1918-1920. Przemiany polityczne i społeczne* [«El campo ruso 1918-1920. Cambios sociales y políticos»], PWN, Varsovia, 1984, pp. 46-79.

EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

104 das al menos desde el momento en que los éxitos de la expansión de la primera mitad del siglo diecinueve dieron paso a la pérdida de la Guerra de Crimea. Esta política industrial, ayuda extranjera aparte, se financió mediante impuestos que gravaban sobre todo a la población campesina. El enorme crecimiento de la exportación de trigo ruso es parcialmente explicable en términos de la puesta en cultivo de nuevas tierras. Pero también puede explicarse, en gran medida, por la imposición de tributos a la población rural, obligada a vender pese a su nivel de vida abominablemente bajo. El país, con un consumo de trigo per cápita de 25 kg por año, exportaba el cereal a Europa Occidental, donde el consumo per cápita era de 170 kg (21).

El agotamiento provocado por los impuestos en la atmósfera creada por la pérdida de la guerra con Japón condujo a las rebeliones campesinas de 1905. Stolypin, al abolir la *obshchina* en 1906 e introducir el mercado libre de la tierra, pretendía no tanto convertir a los campesinos rusos en granjeros de corte occiderital como constituir en el campo un *point d'appui* del gobierno, creando una poderosa clase conservadora de ricos provincianos, los kulaks. Ello no se vio acompañado por procesos económicos comparables a los de Occidente, es decir el desarrollo de un sector urbano lo bastante grande como para absorber el excedente de población rural. Tampoco por avances culturales y políticos, como el incremento de la alfabetización y la educación, que transformasen a los campesinos en miembros de una sociedad nacional y más amplia.

Un movimiento campesino similar al de 1905, pero a mayor escala, volvió a estallar en 1917. Cuando, debido a la pérdida de la guerra, se desmoronaron la credibilidad y la autoridad del régimen, los campesinos se rebelaron contra el «antiguo orden». Las élites dirigentes, que pretendían modernizarse — pero con los campesinos pagando la factura —, se contaron entre sus víctimas. Lo que sucedió más tarde es ya otra historia: transición y modernización, si bien no de tipo capitalista.

Conclusión

El desarrollo del capitalismo, que llevó al nacimiento de la sociedad industrial (proceso llamado a veces «transición del feudalismo al capitalismo», o «crecimiento de Occidente», o «modernización»), fue un fenómeno singular que se dio únicamente en Europa Occidental. No existe ninguna «ley de movimiento» de la sociedad humana, y el capitalismo no es un resultado inevitable de las fases anteriores a su aparición. Tal

fenómeno se explica mejor en términos del paradigma del milagro europeo., es decir, de una coincidencia de factores ecológicos, sociales, culturales y políticos. En consecuencia, el lugar y el papel de los campesinos en dicho proceso fue exclusivo de Europa y no hay respuestas sencillas al interrogante planteado en el título de este ensayo.

En primer lugar está el problema de los campesinos como fuerza autónoma que condujo a la disolución o desmoronamiento del antiguo orden. Parece que sólo en las condiciones de Europa Occidental pudo la resistencia diaria del campesino, en determinadas partes del Continente, ocasionar la progresiva disolución de la servidumbre y el establecimiento gradual de su libertad personal, e incluso el control de facto (¿la propiedad?) de la tierra por el mismo.

Además de la cotidiana resistencia «pasiva», hay otra posibilidad: la de las rebeliones campesinas. Es éste un asunto que no tocamos en los comentarios que anteceden, pues requeriría un análisis por separado. Las citadas rebeliones fueron frecuentes en la época pre-industrial, aunque casi nunca alcanzaron el éxito y, una vez suprimidas, volvían a tener vigencia las viejas reglas de juego. Parece que sólo en el caso de la Revolución Francesa podemos considerar al movimiento campesino, que formó parte de ella, como una de las fuerzas que derribó al antiguo régimen. En este sentido, la Revolución Francesa es precursora de la Revolución Rusa, o de la China, o puede que hasta de la Mexicana, en las que la masiva insurrección campesina fue aún más decisiva para la abolición de los antiguos regímenes. La naturaleza del proceso de modernización subsiguiente fue distinta en cada uno de estos casos.

En segundo lugar está la cuestión de si la economía campesina contiene en sí misma los «gérmenes de la modernización»). En la Europa pre-industrial (y posiblemente también en otros lugares), algunos campesinos demostraron ser muy sensibles a los estímulos del mercado. A condición de que contasen con suficiente margen de maniobra, se convertían en «proto-granjeros», pasando de un tipo de actividad orientada a la subsistencia o la supervivencia a otro dirigido al mercado y al beneficio. Sin embargo, este tipo de comportamiento parece ser más un efecto que una causa de los procesos que estaban ocurriendo fuera del sector campesino. Tales procesos se hallaban restringidos a la esfera de influencia de los grandes mercados urbanos, los cuales, si se comparan con los de la época industrial, eran muy limitados.

En la época industrial el papel económico del campesinado disminuyó rápidamente. Las granjas orientadas al comercio y a la creación de beneficios comenzaron a ser las principales proveedoras de productos agrícolas. Podemos discernir al me-

nos tres variantes de movimiento en esta dirección: (a) el caso inglés, donde se establecieron grandes explotaciones, gestionadas por granjeros arrendatarios y trabajadas por jornaleros; (b) el caso norteamericano, en el que predominaron desde un principio las granjas familiares; con el advenimiento de la industrialización (especialmente tras la Guerra Civil) se hicieron cada vez más dependientes de la tecnología industrial y del «negocio agrícola»; (c) el modelo europeo occidental (continental), en el que tuvo lugar una lenta «descampesinación», con algunos campesinos transformados en granjeros y muchos otros desplazándose hacia diferentes ramas de la economía. Estas tres variantes de la «vía occidental» fueron únicas, pues su éxito dependía de la capacidad de un sector industrial de la economía para suministrar a la agricultura la tecnología apropiada, para crear los mercados para la comercialización de productos agrícolas y para absorber esa parte de la población rural que resultaba excedente en la agricultura. Hoy día, esta agricultura de alta tecnología es difícil de emular a causa de su enorme intensidad de capital. Y, al mismo tiempo, resulta tan eficaz que es casi imposible competir con ella.

En economías menos desarrolladas, o atrasadas, la evolución fue distinta desde los primeros estadios de la industrialización. El crecimiento de la población no pudo ser absorbido por la industria y el desarrollo de la agricultura moderna quedó restringido a pequeñas islas. Se produjo una tendencia a la fragmentación de heredades y un aumento enorme del número de campesinos sin tierra; el campesinado no sólo fue proletarizado, sino también **marginado**. A veces (en la Polonia de preguerra, por ejemplo) parece que la emigración permanente, o por lo menos la estacional, fuese la única solución al problema de la superpoblación rural. En este sentido, la Rusia pre-revolucionaria o la Europa Oriental de la primera mitad del siglo XX fueron precursoras de unos problemas que, a escala global, comenzaron a hacerse patentes tras la Segunda Guerra Mundial, con la descolonización y el surgimiento de los países del Tercer Mundo. En Rusia y en Europa Oriental, sus particulares vías de desarrollo llevaron primeramente a un tipo peculiar de ((capitalismo* (en Rusia, hasta 1917; en Europa Oriental, hasta 1939/44). Peculiar porque se caracterizó por el inmenso protagonismo del Estado, por el papel sustancial del capital extranjero, por la carencia casi total de burguesía local y por la presencia de islotes de industria (o incluso agricultura) a menudo altamente desarrollada en medio de un mar de atrasos. Posteriormente derivó hacia otros intentos, no capitalistas, de modernización, pero el análisis de su naturaleza y del lugar que en él ocupó el campesinado queda fuera del alcance de este ensayo.